

muchos acababa de colmar de beneficios su liberalidad.

Así concluyó con este fin trágico, la vida y el reinado del desgraciado Iztlilxochitl: al morir conoció que su piedad era la causa de su ruina y tuvo la bastante fuerza de voluntad, para sobreponerse á sus pasiones y consumir el sacrificio de su vida, sin arrepentirse de su liberalidad; pero al derrumbarse su trono, quedaron confundidos entre sus escombros, muchos de sus leales servidores, para quienes su estremada clemencia cambió la corona de laureles que su heroica abnegacion arrancó á los enemigos al traves de sus flechas y sus macanas, en un manantial de peligros y de todas las miserias imaginables. Estas víctimas de la fidelidad, que tranquilos desafiaban la muerte en el campo de batalla por defender los derechos de su soberano, tal vez arrastrando en los montes la cadena de una cruel persecucion, ó comiendo en un pueblo extraño el pan amargo del destierro, no tendrian la resignacion necesaria para sobrepujar á su infortunio, y de cuan distinto modo juzgarian aquella accion de su soberano, que aunque estampada en un fondo de admirable generosidad, habia envuelto á un reino entero en la misma ruina. Solo el Señor de los señores puede medir los juicios y sentimientos humanos: cuando todos aunque á su pesar, son arrastrados á la cita comun, ante aquel trono que sobrenada en un océano de sabiduría y verdad, se vienen á reflejar aquellas acciones, sobre las que no pudo dar acertado juicio la conciencia falible del hombre.

Luego que el emperador cayó muerto, le quitaron sus enemigos las insignas reales que llevaron á presentar á Tetzotzomoc: el cadáver quedó allí hasta el dia siguiente en que volvieron algunos de los caballeros y criados que le fueron fieles hasta la muerte; y llenos de lágrimas y exclamaciones de dolor, cubrieron el real cadáver con los pocos adornos que allí pudieron tener, hicieron

una silla con ramas de laurel y puesta en ella el cadáver, prendieron fuego hasta que se consumió el cuerpo de su difunto soberano, cuyas cenizas recogieron para llevarlas cuando fuera posible, al lugar donde descansaban sus mayores.

El príncipe Nezahualcoyotl permaneció oculto en el árbol, sufriendo el dolor de ver el triste fin de su desgraciado padre: cuando la noche envolvió toda la naturaleza en las negras sombras de su manto, tomó el camino para Tlaxcallan. Al dia siguiente, dos de sus hermanos naturales, otras personas de su casa y algunos señores errantes, lo reconocieron y salieron á protestarle su dolor y obediencia: todos querian acompañarle hasta el término de su viaje; pero él dispuso que fueran volviendo á sus casas con precaucion, guardando en sus pechos fidelidad á su soberano, que él fiaba en el Dios Creador, que le restituiria su reino, para dispensar á sus súbditos los cuidados y beneficios que necesitaban. Todos, despues de protestarle obediencia, volvieron á los montes para ir saliendo de ellos gradualmente, y él siguió para Tlaxcallan, sin llevar mas compañía que sus dos hermanos y dos sobrinos. [1]

CAPITULO XXIV.

Conducta de Tetzotzomoc despues del triunfo.

Luego que el pérfido Tetzotzomoc recibió la noticia de haber muerto Iztlilxochitl, tuvo un indecible gozo, que no dejaba de turbarse á ratos, cuando lo asaltaba la idea de haberse escapado el príncipe Nezahualcoyotl, he-

(1) Veytia tom. 2º cap. 23 y 24. Torq. lib. 2º cap. 19 y 20.

redero legítimo de la corona imperial. El tirano volvió á su corte de Azcapozalco, donde se celebró la victoria con grandes fiestas; y estando en ellas se publicó un perdón general, para que los partidarios de Iztlilxochitl pudieran volver libremente á sus casas, y dispensó por un año del pago de tributos, á los vasallos de los estados patrimoniales del difunto soberano, para que pudieran recuperar las pérdidas sufridas en la guerra.

Esta medida de política, revestida de una mentida generosidad, solo tenia por objeto quitar á los vasallos la fidelidad que pudieran conservar al príncipe; y para mejor conseguirlo, dictó al mismo tiempo otra de inaudita crueldad, para que yendo sus halagos resguardados por el temor de una providencia tan severa, fuera mas firme la obediencia que se le rindiera. Para publicar el indulto concedido, destinó un número de tropas que recorrieran las poblaciones del imperio; pero debiendo preguntar á todos los niños, quién era su rey, dieran muerte á todos los que dijeran que Iztlilxochitl ó Nezahualcoyotl. Esta brutal determinacion aun derramó mucha sangre para saciar el sanguinario corazón del tirano, como si no hubiera corrido bastante en una dilatada guerra de mas de cuatro años.

Como Tetzotzomoc, tenia compromiso de repartir los despojos de la victoria entre los reyes de México y Tlaltelolco y los señores de Acolman, Chalco y Otompam á quienes tenia tambien prometida la investidura real, determinó deslumbrarlos con una medida propia de su genial astucia. Les propuso que ellos juntos con él partieran la dignidad del supremo imperio de Acolhuacan, para cuanto se dispusiera en todos los negocios del estado, lo resolvieran todos en consejo; pero reconociéndolo á él y sus sucesores como supremo emperador. A mas dió al rey de México como tributaria la ciudad de Tezcoco, al de Tlaltelolco la de Huejotla y á los otros señores les

dió de las mas inmediatas á sus estados; pero de los tributos que cobraran solo podian disponer de una tercera parte entregando las otras dos para las obras necesarias en la corte de Azcapozalco. Ya con ésto quedaron disgustados aquellos personajes y otros señores á quienes no se dió la recompensa que esperaban por sus servicios: de suerte que el dia de la coronacion se negaron á concurrir algunos, lo cual indignó al tirano, que se propuso obligarlos con las armas á rendirle el homenaje y sumision que deseaba para satisfacer su ambicion insaciable y orgullosa vanidad.

Publicó un bando dándose á reconocer por supremo emperador de aquella tierra y el que se negara á reconocer su autoridad ó pagar los tributos que fueren impuestos, seria castigado con pena de muerte y demas suplicios impuestos á los traidores: que á los reyes que habia declarado sus colegas en el gobierno se les reconociera por tales en todas partes, y que á cualquiera que favoreciera ó ayudara al príncipe Nezahualcoyotl ó si sabia el lugar en que estuviera y no lo descubriese seria tambien tratado como traidor y castigado con la misma pena. Para mayor solemnidad, mandó que un capitán de los ejércitos de cada uno de sus colegas juntos con el que él designara de los suyos al mando de un considerable número de tropas, fuera á la ciudad de Tezcoco y reuniendo á toda la gente subiese á un lugar elevado el capitán Huitziltezin para dar á conocer el bando.

Nezahualcoyotl, que habia estado en Tlaxcalan y Huexotzinco recibido por sus soberanos con crecidas muestras de consideracion, ofreciéndole prestar sus auxilios cuando fuera tiempo oportuno de mover la guerra al usurpador, se habia vuelto disfrazado para indagar el sentimiento de los pueblos y estuvo presente á la publicacion del bando. Clavijero refiere: que en esta ocasion subió sobre el templo un oficial mexicano, que supone

ser Izcuhuatl hermano del rey y general de los ejércitos y habló al pueblo en estos términos. "Oid chichimecas, oid acolhuas y todos los que os hallais presentes: ninguno se atreva á causar el menor daño á nuestro hijo Nezahualcoyotl; nadie permita que se le haga, si no quiere exponerse á un rigoroso castigo." Y que este aviso que puede haber sido dado por orden del rey Chimalpopoca, que profesaba un grande afecto hácia el príncipe su sobrino, sirvió mucho á este para su seguridad, pues todos procuraron evitar el enojo de una nacion que ya infundia bastante respeto. (2)

El tirano Tetzotzomoc, despues de satisfacer su ambicion al usurpar la corona del imperio de Acolhuacan y su crueldad derramando á torrentes la sangre de los súbditos del imperio, dió rienda suelta á su codicia y cargó á los pueblos con otros tributos en víveres, ropa, oro, piedras preciosas, plumas, maderas y servicios personales á mas de los que pagaban antes. Los ánimos de todos se exasperaron, tanto mas, cuanto que comparaban este proceder inicuo con la suavidad y rectitud á que estaban acostumbrados y que fué característica en aquellos famosos monarcas chichimecas.

La nobleza de los toltecas y chichimecas, reunida para deliberar lo que debian hacer en aquel caso, acordaron mandar un orador en representacion de cada nacion, que hiciera presente al rey el exeso de los nuevos tributos y el daño tan grave que con eso recibian todos los pueblos. Fueron los dos oradores á Azcapozalco y puestos en la presencia del rey, habló primero el tolteca describiendo las calamidades que habia sufrido su nacion y reclamando la clemencia del soberano para sus compatriotas. Despues tomó la palabra su compañero, y dijo: Yo, Señor, puedo hablar con mas confianza y li-

(2) Clavijero tom. 1.º pág. 132.

bertad. Soy Chichimeca y hablo con un príncipe de la misma nacion, descendiente de los grandes reyes Xolotl, Nopaltzin y Tlotzin. No ignorais que aquellos divinos chichimecas vuestros abuelos, despreciaban el oro y las piedras preciosas. La corona que ceñian era una guirnalda de yerbas y flores del campo: el arco y la flecha eran sus adornos. Mantenianse al principio, de carne cruda y de vegetales incípidos; y su ropa se componia de la piel de los ciervos y fieras que mataban en la caza. Cuando aprendieron de los Toltecas la agricultura, los reyes mismos trabajaban la tierra, para estimular con su ejemplo á sus súbditos. La opulencia y la gloria á que los alzó despues la fortuna, no ensoberbeció sus ánimos generosos. Servianse como reyes de sus vasallos, pero los amaban como á hijos y se contentaban con que reconociesen su superioridad ofreciéndoles los humildes dones de la tierra. Yo, Señor, no os traigo á la memoria estos claros ejemplos de vuestros antepasados, si no es para suplicaros humildísimamente, que no exigais mas de nosotros, que lo que ellos exigian de nuestros abuelos.» Esta comparacion del último orador ofendió mucho al tirano; pero disimuló su cólera contentándose entonces con insistir en que se ejecutara su disposicion.

Cada dia era mayor el desafecto de los pueblos hácia Tetzotzomoc y el afecto hácia el príncipe heredero crecia por todas partes: él continuaba recorriendo todos los lugares y procuraba acercarse tanto al pueblo como á los nobles para estar al tanto, aunque corriendo graves riesgos algunas ocasiones. En estas expediciones del príncipe, se refiere un pasage en el cual sin embargo varian los autores: Torquemada y Clavigero dicen: que recorriendo él las poblaciones así para estar al tanto de las cosas que pasaban, como para ir preparando el modo de restablecer el trono, una tarde llegó á un lugar de la

provincia Chalco y se alojó en casa de una señora principal llamada Thiltonciauh: vió en dicha casa una planta de maguey de que aquella señora sacaba vino, no solo para el uso de su casa sino para vender, contra las antiguas leyes del reino; y no pudiendo sufrir Nezahualcoyotl, dió muerte á la señora. Tal relacion tiene todos los visos de improbable, atendiendo á la clase de persona que era el príncipe, y sí nos parece muy natural la de Veytia, siguiendo á los historiadores toltecas y chichimecas. En el mismo año de 1419 en que habia ocurrido la muerte de su padre, yendo para Chalco, porque los señores de ahí visitaban mucho la corte de Azcapozalco y estaban bien instruidos de las ideas del tirano, cerca de Chalcoatenco se adelantó de los criados porque iba muy fatigado de la sed: al entrar ya al lugar, una muger recogia el jugo de los magueyes ó el pulque y acercándose para pedirle un poco con que apagar su sed, la muger lo conoció y no solo le negó el pulque sino que empezó á llamar con fuertes voces *Aquí está el príncipe Nezahualcoyotl vengan á aprehenderlo.* Con esto ponía en un grave riesgo al príncipe, quien con buenos y comedidos razonamientos trató de disuadir á la muger; pero insistiendo ella en levantar mas la voz para ser oida, en cuyo riesgo no halló mas medio que quitar la vida á la muger para conservar la suya: y así sacando su macana, de un golpe derribó la cabeza de aquella imprudente y siguió su camino.

De esta suerte anduvo recorriendo muchos lugares granjéandose cada dia nuevos partidarios; pero siempre á costa de inminentes peligros de que muchas veces lo salvó su valor y la destreza con que manejaba el arco y la macana. Entre los partidarios que tenia, se contaban principalmente los reyes de México y Tlaltelolco, sus tios, que cómplices en la usurpacion de la corona y la muerte de Iztlixochitl, compadecian las desgracias de

Nezahualcoyotl, y ciertamente lo favorecian para sobrellevar sus grandes infortunios. Este espíritu de proteccion todavia se hizo mayor en sus tias las reinas, esposas de Chimalpopoca y Tlacateotzin: ellas emprendieron la tarea de vencer el corazon del tirano y arrancar el perdon para aquella persona que era el blanco de todo su encono. Reunieron una respetable comitiva de las señoras mas principales de sus ciudades y provistas de una gran cantidad de joyas, plumas finas y toda clase de objetos de los mas estimables, pasaron al palacio de Azcapozalco y puestas de rodillas en la presencia de Tetzotzomoc, le presentaron los regalos y la solicitud que hacian en favor de su sobrino el desgraciado príncipe, que despues de estar despojado de su reino, por donde quiera tropezaba con la muerte, sin tener reposo ni sosiego en ningun lugar ni aun en el fondo de los bosques. El duro corazon de aquel mónstruo de injusticia y de crueldad, se dejó por fin ablandar con la elocuencia de las reinas mexicana y tlaltelolca, que recibian una expresion mas viva con las lágrimas que se mezclaban en el razonamiento; pero particularmente obró en su espíritu, la consideracion que estaba obligado á guardar á los dos reyes, que en realidad eran el sosten mas poderoso que tenia.

Perdonó la vida al príncipe, con condicion que viviera en la ciudad de México de donde no podria salir á parte alguna, sin su espresa licencia. Estaba entonces el príncipe en el bosque de Payauhtlan y sabiendo luego lo que sus tias habian obtenido en su favor: se vino luego con sus criados, encontrando en el camino á la embajada que se le mandaba á noticiarle su perdon. Entró á México donde fué recibido con singular agrado de aquellos soberanos sus parientes y otros muchos señores que tambien se interesaban en su suerte. Así se mantuvo dos años siguiendo siempre sus relaciones con per-

sonas de todos los lugares, pero con tal precaucion que se le creia absolutamente olvidado de los derechos que le dejaba la muerte de su padre. Esto sirvió para que las reinas tias, consiguieran de Tetzotzomoc permiso para que pudiera ir á Tezcoco, donde se le devolvió uno de los palacios de su padre y el señorío de algunos lugares pequeños con cuyos productos pudiera mantenerse. (2)

CAPITULO XXV.

Sueños de Tetzotzomoc, su muerte y exequias.

Era el principio del año de 1427 cuando el emperador Tetzotzomoc soñó una noche: que una águila muy grande y corpulenta se precipitaba sobre él desgarrándole con las uñas la cabeza y despues abriéndole el pecho le comia el corazon y las entrañas. Despertó el viejo tirano amedrentado con un sueño semejante, que le traía á la memoria sus pasadas injusticias y la conciencia de crueldad y tiranía le venia á amargar los últimos momentos de una existencia dilatada y consumida en el crimen. Llamó á los sacerdotes de los templos y los hombres de su corte mas adelantados en la adivinacion; y esponiéndoles su sueño, todos lo interpretaron conformes: que el príncipe Nezahualcoyotl figurado en el águila, volveria á recobrar el reino y aniquilaria su real casa y familia, que estaban representadas en su corazon y las entrañas; pero que este daño podia evitarse dando muerte al príncipe. A la siguiente noche, se le volvió á representar en sueños, un tigre feróz, que envistiéndole sin poderse defender le hacia pedazos los piés. Mas creció con esto el terror del tirano y volviendo á consul-

(2) Torquemada monarqu. ind. lib. 2º cap. 23. Veytia hist. antig. tom. 2º cap. 27 y 28. Clavijero tom. 1º pag. 134, 135 y 136.

tar con los agoreros y sacerdotes, estuvieron tambien conformes, en que Nezahualcoyotl era el leon, que no solo obraria la destruccion de su casa y familia, sino que tambien emplearia su furor en los vasallos que eran sus piés; y repitieron que el modo de conjurar este mal tan grave era matar al príncipe.

El rey mandó luego reunir á sus tres hijos, con las demas personas de su familia y los señores del reino, haciéndoles saber á todos, las visiones que en el sueño habia tenido las dos noches anteriores y la esplicacion que se le habia dado: que no pudiendo ya él por lo avanzado de su edad, dictar las providencias necesarias para dar la muerte á Nezahualcoyotl, encargaba lo hicieran ellos; y que la mejor ocasion; seria cuando él muriese, porque el príncipe debia concurrir á las exequias, y en su mismo palacio lo prendieran y mataran, porque de no hacerlo así quedaban espuestos á perder el reino y la vida.

Pocos dias despues el rey sintió ya tan debilitada su naturaleza, que conoció muy cercano el término de su vida y mandó reunir á sus hijos, los reyes de México y Tlaltelolco y todos los príncipes y señores mas inmediatos. Estando todos, les declaró que sentia ya el fin de sus dias: que aunque su hijo Maxtla era el primogénito y lo amaba mucho, no lo creia á propósito para sucederle en el trono por su carácter áspero y altivo; y así, á él lo confirmaba en el señorío de Coyohuacan, dándole la investidura de rey y librándolo de todo feudo y tributo; nombrando para sucederlo en el supremo imperio, á su segundo hijo Tayauh, y que repetia á todos su encargo, de quitar la vida al príncipe Nezahualcoyotl para que todos pudieran conservar sus estados. Al dia siguiente, que parece haber sido el 2 de Febrero de 1427, murió el tirano Tetzotzomoc de una edad tan avanzada, que ya los últimos dias, no tuvo movimiento por sí mismo y

lo tenían en una silla acolchonada con algodones, en la cual lo movían y llevaban á donde era necesario. Fué sóbrio y muy arreglado en toda su vida en el uso de los manjares y estuvo dotado de un elevado talento; pero siempre empleó la perfidia y el engaño para satisfacer el orgullo y la ambición que fueron sus pasiones dominantes: y aun al tiempo de morir, todavía sus crueles entrañas respiraron odio y venganza, teniendo sus últimas disposiciones por objeto, la injusticia y el derramamiento de sangre.

En aquel tiempo se introdujo un ceremonial, conforme al cual se siguieron celebrando los funerales de los reyes, y aunque hay variación en los autores respecto de su origen, parece que esta fué la primera vez que se pusieron en práctica. Enfermándose gravemente el supremo señor, se le ponía un velo al dios Tezcatlipoca venerado como dios de la providencia, ó al dios Huitzilopochtli, si era alguno de los reyes ó gefes distinguidos del ejército: y luego que moría el enfermo, sus hijos en compañía de otros príncipes iban á quitar el velo al ídolo, volviéndose luego al palacio para recibir los pésames y disponer las exequias.

Se lavaba el cadáver con aguas aromáticas, se le vestía con las insignias reales, adornado con toda clase de alhajas de oro, piedras y plumas y se le ponía en la boca una grande esmeralda: en la principal sala del palacio, se ponía el cuerpo sobre una estera muy fina sentado en cucliyas y se le cubría desde los hombros con diez y siete mantas muy finas, llevando la última, labrada la imagen del dios Tezcatlipoca: el rostro se le cubría con una máscara de oro imitando en lo posible el busto del difunto, ésta rodeada de una guarnición de piedras preciosas; y así quedaba expuesto por cuatro días. Al quinto, desde antes de amanecer, se juntaba el concurso de todos los que asistían á las exequias, y se ordenaban de

dos en dos según sus dignidades, llevando en la mano, las armas, vestiduras y adornos militares del difunto; en medio de aquella comitiva iban los esclavos, y al fin, iba el cadáver conducido por los criados, yendo de cada lado cuatro señores los mas principales, cubiertos desde los hombros hasta los piés con unas mantas de color oscuro y con labrados que figuraban calaveras, huesos y aun esqueletos enteros, dejándose el cabello suelto, tendido sobre la espalda y unos bastones en la mano.

Así salían de palacio para el templo de Tezcatlipoca de donde salían á recibir al cortejo fúnebre, todos los sacerdotes presididos por Chihuacohuatl Tlamacazque, que significaba *el sacerdote de la diosa Chihuacohuatl*, que según creían, era la que recibía las almas de los difuntos. Entonaban unos cánticos morales que recordaban á los presentes la memoria de la muerte, la velocidad con que se apaga la llama de la vida, la inconstancia de la mundana fortuna y el momento en que todos necesitarían ser conducidos á aquel sitio en hombros ajenos, ya sin el uso de los sentidos y sin poder gozar ni de las flores, ni los frutos, ni los adornos, ni conservar mas relación con el mundo, que la memoria que en él dejaba de sus hechos.

Llegando al templo, se ponía el cadáver en una gran pira de pino resinoso, que desde antes se preparaba en el gran patio del templo: se le quitaban la máscara, las alhajas, y unos cabellos de la parte superior de la cabeza y le prendían fuego. Mientras se consumía el cadáver, se daba pábulo á la hoguera con toda clase de gomas y resinas olorosas: y ahí se echaban también todas las armas é insignias del difunto y los corazones de los esclavos que durante la ceremonia estaban sacrificando los sacerdotes, así como también de los contra hechos, y demas que creían inútiles y desgraciados, creyendo hacerles un bien y un alto honor, con sacrificarlos en se-

mejante ocasion y que su corazon fuera á mezclar sus cenizas con las del finado monarca.

Cuando se concluian los sacrificios y el cadáver se reducía á ceniza, la recogian y ponian en una arca, con los cabellos y esmeralda que habia tenido en la boca: esta arca la colocaban en donde habia estado la pira, y sobre ella una estatua de madera que representaba al difunto: ésta se mantenía allí por cuatro dias, durante los cuales se llevaban las ofrendas, que consistian en flores, frutas, comestibles de toda clase, ropas, perfumes, plumas, alhajas de oro y piedras finas: al anoecer se levantaba todo aquello, perteneciendo á los sacerdotes los comestibles y ropas, lo demas quedaba para servicio del templo y adorno de los ídolos; la arca de las cenizas y la estatua, se llevaba entonces por los sacerdotes á un nicho dentro del templo y con esto daba fin la ceremonia.

Estas fueron las exequias que se hicieron á Tetzotzomoc y á las cuales asistió Nezahualcoyotl, sin embargo que supo la orden que se habia dado de quitarle la vida, pues él tenia confianza que nada le sucederia. Cuando llegó al palacio, entró al salon donde estaba el cadáver, los príncipes y todos los reyes y señores que habian asistido á los funerales, y con bastante entereza manifestó, que tomaba parte en el dolor que causaba á los príncipes la muerte de su padre: presentó las alhajas que era costumbre regalar en aquellas ocasiones y Maxtla que era el mayor de los príncipes, contestó cortesmente al elegante razonamiento de Nezahualcoyotl.

Solo Tayauh pensó en ejecutar aquella brutal disposicion que para morir espresó su padre, respecto del príncipe heredero del trono imperial; pero Maxtla se opuso, tal vez por estar quejoso con la exclusion que se hizo de su persona para ceñir la corona, ó por temor de los reyes de México y Tlaltelolco que lo favorecian di-

rectamente. El sacrificio hecho por Nezahualcoyotl en asistir á las exequias del asesino de su padre y usurpador de sus derechos; y la resolucion con que se presentó á una corte donde habia orden espresa de quitarle la vida como medio necesario para que los hijos del finado conservaran su vida y sus estados, le conquistaron grandes simpatías y fué un preludio de aquellas admirables virtudes que mas tarde tuvo ocasion de desarrollar, mereciendo con justicia, ser admirado como el hombre mas grande de la antigüedad mexicana. (1)

CAPITULO XXVI.

Usurpacion de Maxtla: muerte de los reyes de México y Tlaltelolco: persecucion del príncipe Nezahualcoyotl.

Concluidas las exequias, todo el concurso volvió al palacio, donde se sirvió un almuerzo, despues del cual tomó la palabra el rey Tlacateotzin, que era el mas respetable así por su edad ya avanzada, como por la autoridad de que lo habia investido Tetzotzomoc, haciéndolo general de sus ejércitos y el mas íntimo de sus consejeros: espresó el deseo de que antes de separarse de allí, procedieran á la coronacion de Tayauh segun las razones que su padre habia espresado antes de morir. Apenas hubo acabado de hablar el rey de Tlaltelolco, cuando se levantó Maxtla, indicando en sus centellantes ojos, la ira en que se abrazaba su corazon: con semblante airado y el mas duro lenguaje, espresó: que su padre habia cometido una injusticia al privarlo del derecho al trono sin

(1) Veytia tom. 2º cap. 29. Torq. lib. 2º cap. 24 y 25.